EL DESAFIO
Y
EL BAUTIZO.

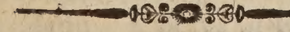
DRAMA
EN TRES ACTOS EN PROSA,

ESCRITA

POR LOS SS. MELERVILLE,
MERLE Y BOYRE.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. M. S.



VALENCIA:
POR ILDEFONSO MOMPIÉ.

1831.

PERSONAS.

CHEVERT, Teniente General del egército (1).
El Conde ARANCÉ, Mariscal de Campo y Comendador de San Luis (2).
ARANCÉ, su hijo, edecan del General, capitan de caballería.
El Marques de Ormilli, Coronel retirado (3).
FLORBEL, edecan del Gen. capitan de húsares.
ERNESTINA ARANCÉ, hija del Conde, esposa del Marques de Ormilli: su edad veintiseis años (4).
JULIETA, hermana del Marques de Ormilli (5).
Labri, criado del capitan Arancé.
German, ayuda de cámara del Marques: su edad sesenta años.
Un Oficial ordenanza.
Oficiales del Estado Mayor del General.
Criados. Aldeanos de ambos sexos.

TRAGES.

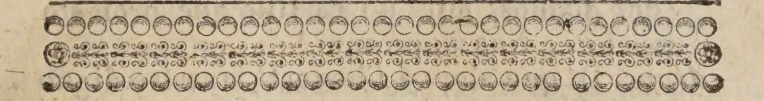
1 Uniforme de su grado, botas de montar, pluma blanca en el sombrero, escarapela blanca, banda encarnada, placa de la orden de San Luis, cinturon blanco y sable.

2 Uniforme de su grado.

3 En el acto primero, vestido rico de paisano con la cruz de San Luis: en el segundo y tercero, uniforme de coronel de infantería.

4 En el primero y segundo acto, vestido de camino; en el tercero, adornado.

5 En el acto primero, vestido sencillo; en el segundo y tercero, de lujo.



ACTO PRIMERO.

El teatro representa una llanura: en el fondo la fachada del castillo de Ormilli.

La escena pasa en el castillo del Marques de Ormilli, á la orilla del Fin, junto á las puertas de la ciudad de Echelestat en 1760.

ESCENA PRIMERA.

El Capitan Arancé y Florbel dicen dentro.

Aranc. Labri, lleva los caballos á la cuadra. Voy á ver si han dispuesto el castillo para el general Chevert. ¿ Vienes Florbel ?

Florb. Cuidado, Labri, que te encargo mi árabe.

Salen.

Aranc. Vamos, ¿acabarás ?

Florb. Es un caballo sobresaliente... ¡Si le vieras en una funcion! Corre al fuego con tanta prontitud... cómo que llegó siempre el primero: y esto no hay con que pagarlo:

¡ que diablos! mira un castillo que promete mucho. ¿ Nos alojas aqui?

Aranc. Dí que alojo á Chevert, nuestro digno general.

Florb. Y á sus edecanes tambien, por su puesto. ¿ Pero tendremos tertulia y buenas muchachas ? Instrúyeme un poco, querido Arancé, tú que eres del pais. Acabo de llegar de Paris, y te confieso que si tardamos dos dias en pelear con el enemigo, tiemblo morir fastidiado en estas aldeas de la Alsacia.

Aranc. Tranquilízate, que vas á hallarte en pais de amigos. Este castillo es de mi cuñado.

Florb. Efectivamente .. Me ha hablado de una hacienda á las orillas del Rin. Cuanto me alegraré abrazar á Ormilli... He hecho dos campañas con él... ¡ Escelente oficial ! honrado, valiente, un poco frio... algo pedante... En una palabra, era el Caton del egército. Nos divertíamos mucho con sus sermones : pero por lo demas eramos los mejores amigos del mundo. ¿ Y vive en este castillo ?

rane. Casi todo el año : cuando dejó el servicio (no sé por qué disgustos) se retiró á estas haciendas, que distan solo diez leguas de las de mi padre. Ya conocerás que mi hermana estaria muy contenta de vivir tan cerca. El castillo de Ormilli es á propósito para el General : la situacion es hermosa : si quiere dar una orden, estamos tocando las puertas de Echelestad ; si es necesario pa-

sar el Rin, en dos horas nos hallamos en la otra orilla.

Florb. Vaya, tunante, que no lo dices todo... Y la chiquita Ormilli: aquella graciosísima enredadora... La divina Julieta, de quien me hablas dia y noche, ¿la veremos? estás todavía enamorado de ella, ¿no es así?

Aranc. Mas que nunca, mi querido Florbel, y si mi cuñado no me la otorga, ya he tomado mi partido.

Florb. ¿Como? ¿que partido has tomado?

Aranc. Dejarme matar en el primer ataque.

Florb. Mal arbitrio: yo quise probarle para mis acreedores, y nunca ha tenido buen éxito.

Aranc. ¡Ay Florbel! por Dios que no te chancees.

Florb. Pero vamos, ¿por que no se ha de hacer esta boda? Nacimiento, fortuna, todo es igual de una y otra parte. Las dos familias estan ya enlazadas con el matrimonio de tu hermana y Ormilli. ¿Es tu padre el anciano mariscal de campo quien rehusa dar el consentimiento?

Aranc. Dice que soy demasiado atronado para pensar en una obligacion tan séria.

Florb. Y ¿estás seguro de que Julieta te ama?

Aranc. ¡Que si estoy seguro! ¡Ay amigo! me ama tanto como yo la adoro. Tiene una franqueza y una ingenuidad... mi querido cuñado...

Florb. ¿Que aparenta negarte la mano de su hermana?

Aranc. Me la niega formalmente.

Florb. No es posible.

Aranc. Prescindiendo de eso mi cuñado el señor Marques me desagrada estraordinariamente. Aquel aire de indiferencia y superioridad, parece que insulta, y si no fuera por mi buena hermana á quien temo afligir...

Florb. ¡No querer! es la cosa mas ridicula... sin adularte, tú eres el oficial mas completo del estado, edecan de Chevert, hijo del conde de Arancé, y tu valor te lleva á los primeros grados militares. Tú no pasas quince dias sin tener dos ó tres lances de honor. Juegas el dinero con una serenidad... tu padre ha pagado ya tus deudas dos ó tres veces. Vaya, ¿que es lo que pide tu cuñado? ¿Donde hallará un marido mas á propósito para asegurar la felicidad de su hermana? ¡Caramba! Este desprecio me pica á mí tambien, porque en fin, yo te he formado, eres mi discípulo.

Aranc. Demasiado lo conocen.

Florb. ¿Que quieres decir?

Aranc. Que esas brillantes cualidades con que me adornas tan generosamente, lejos de seducir al Marques, le espantan, y me alejan de la Julieta.

Florb. ¡Que disparate! Consiste en que no lo sabes gobernar... Déjame hacer, ya estamos instalados en la casa, y quiero negociar tu matrimonio.

Aranc. No te metas en nada; por Dios te lo pido.

Florb. ¡Como! ¿desprecias mi ayuda?

Aranc. Eres escelente para dar consejos: pero tu mala cabeza...

Florb. Sin embargo, tengo buena mano para casamientos: he hecho infinitos, y he deshecho que sé yo cuantos.

Aranc. Pues precisamente es por eso.

Florb. Ya verás cómo sirvo yo á mis amigos: dame tiempo solamente para conocer el terreno, y te juro que antes de veinticuatro horas tengo el consentimiento del Marques, el de tu padre, el de tu hermana, el del General. Te casarás con tu querida, y despues iremos juntos á que nos maten, si conservas todavía esas buenas disposiciones.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos y German.

Germ. ¡Calle! El señor Arancé...

Aranc. ¿Que hay, querido German?

Germ. ¡Cuanto me alegro! No dudaba yo que le veríamos á usted muy pronto con el señor Chevert.

Aranc. ¿Sabe el Marques su llegada?

Germ. Sí señor, toda la casa está ya lo de arriba á bajo. Está mi amo tan contento con el honor que le hace su antiguo General, que le ha dejado su habitacion. El Estado Mayor ocupará el resto del castillo, y que el señor Marques se establecerá en el pabellon

que está al fin del parque.

Florb. ¿Y su esposa?

Germ. No vendrá hasta mañana.

Aranc. ¿No está aqui mi hermana?

Germ. Con que no sabe usted... ¡Ah! ¡es verdad! estaba usted en Italia; pues la señora Marquesa parió hace seis meses un muchacho muy hermoso.

Aranc. Ya me lo escribieron entonces.

Germ. Sí señor, pero lo que usted no sabe, es que el Bautizo se ha retrasado por la enfermedad del señor conde de Arancé, su padre de usted que ha de ser el padrino, como es regugular. Ya va mejor gracias á Dios: el Bautizo será mañana, y la señora Marquesa ha ido ella misma á buscar al señor Conde.

Aranc. ¿Y no me hablas de Julieta?

Germ. Hace tres dias que está en el castillo.

Aranc. ¿Con su hermano?

Germ. Yo mismo he ido á buscarla á Nanci. Está llena de vanidad porque á los diez y seis años va á ser madrina de su sobrino.

Florb. Madrina á los diez y seis años es cosa muy recomendable.

Aranc. ¿Es siempre la misma?

Germ Siempre bonita como una rosa, haciendo rabiar á todos con sus diabluras, y haciéndose adorar por su buen corazon.

Aranc. La veré, pasaré algunos dias en su compañía, la hablaré de mi amor, de mis tormentos...

Germ. Chito, cálmese usted un poco, señor Arancé; aqui viene mi amo.

ESCENA TERCERA.

Dichos, el Marques de Ormilli precedido de criados del castillo.

Ormill. ¡Dos edecanes del General! (*á los criados.*) ¿por que no me lo habeis dicho? ¡Calle! mi querido Arancé (*abrázale.*) ¡Que agradable sorpresa! Te creía todavía en Italia.

Aranc. No he dejado al general: me desesperaria si no asistiese á la campaña que se prepara. Querido hermano, aqui te presento á mi mejor amigo el capitan Florbel.

Ormill. Florbel, ¿como? despues de seis años que hace que no le he visto, ¿no se ha hecho matar?

Florb. No, mi querido Marques.

Ormill. Celebro infinito volver á ver un amigo (*dándose las manos.*) antiguo. Cuando servíamos juntos, era la peor cabeza del egército.

Aranc. Pues no se ha mudado.

Ormill. ¿Vienen ustedes á anunciarme la llegada del valiente Chevert?

Florb. Está ahora reconociendo á Echerlestat. Nos hemos adelantado algunos instantes. Antes de un cuarto de hora le tendrás aqui.

Germ. ¿Antes de un cuarto de hora? ¡Dios mio! señor Marques, y nuestras gentes no se han reunido.

Ormill. Eso está á tu cargo, German; vamos,

un poco de actividad: marcha á reunir las gentes.

Aranc. Pobre German.

Germ. Señor Arancé, no se recibe todos los dias un héroe como el general Chevert. Vamos, vosotros (*á los criados*) corriendo cada uno á su puesto: unos al jardin por flores: otros á servir la artillería: no hay que perder tiempo. Vamos. (*se van por el foro.*)

ESCENA CUARTA.

Dichos menos German.

Florb. Parece que German nos dispone una fiesta militar. (*riéndose.*)

Ormill. Yo os prometo una, que agradará mas á vuestro querido Arancé: mañana abrazarás á tu escelente padre.

Aranc. Ya lo sé, y te doy la enhorabuena por el feliz acontecimiento que reune toda la familia.

Ormill. Sí, ya ves mi alegría. El nacimiento de mi hijo ha doblado mi existencia. Ya me parece que veo en su fisonomía la de mi Ernestina tu amable hermana.

Florb. ¡Canario! ¡Como vuelas, Marques! ¡Que diablos! ¿No reparas que Arancé y yo no estamos casados?

Ormill. Tú no te casarís jamas. (*á Florbel.*)

Florbel. ¿Por que no? Un momento de olvido, un acceso de pasion: los mayores troneras no estan libres de semejantes resolucio-

nes; pero ahora no se trata de mí, sino de... y cuando veremos esa bonita Madrira... estoy rabiando por conocerla.

Ormill. Ya conozco que Arancé te ha hecho su confidente, y que continúa amando á Julieta.

Aranc. Y la amaré eternamente, lo juro.

Ormill. Lo siento infinito; pero ya sabeis en ese asunto cuales son mis deseos, mi intencion. Tu mismo padre aprueba mi conducta: tú sabes que mi corazon...

Aranc. Sé que eres el hombre mas injusto y cruel.. pero no importa, será preciso que te espliques con toda claridad... y si logro que Julieta se declare...

ESCENA QUINTA.

Dichos y Julieta.

Juliet. Hermano, ven, verás que vista tan hermosa: los regimientos destilan á la orilla del rio, los oficiales á caballo, los cañones... que cosa tan bonita es un egército.

Aranc. Ella es. (*á Florbel.*)

Florb. A fe mia que no se puede ver muchacha mas bonita.

Juliet. ¡Ay, Dios mio, oficiales franceses! ¡Es el señor Arancé! ¿Por que casualidad? Mi hermana ha hecho muy mal en no haberme avisado.

Ormill. Si yo no sabia; ¿pero que venias á decirme con tanta prisa?

Juliet. Ah! queria decirte... no... me habian encargado... Jesus! (*riéndose.*) cosa mas particular... ya no me acuerdo.

Ormill. Ve ahí un encargo bien desempeñado.

Juliet. Si estoy tan turbada... tan... es muy raro; pues yo he venido aqui á alguna cosa.

Ormill. Vamos, amiga mia, que tú te acordarás cuando estés sola. ¿Han dispuesto los aparatos del castillo para recibir al General?

Juliet. ¡Válgame Dios! eso era justamente lo que venia á decirte: todo está dispuesto. ¿Saben ustedes si el General pasará algunos dias con nosotros? (*á los dos.*)

Florb. Sí, los suficientes para (*aparte á ella.*) asegurar la felicidad de ustedes.

Ormill. Me parece que oigo...

Juliet. ¡Ay Jesus! ¡que polvareda (*mirando.*) en el camino! ¡Cuantas gentes á caballo!

Florb. El General y su Estado Mayor. (*mirando.*)

Ormill. ¿German, German? (*tiros*)

Aranc. Es absolutamente preciso que (*aparte á ella.*) hablemos un momento sin testigos.

Juliet. ¿Como se ha de hacer si el Marques no me deja?

Aranc. Mientras recibe en su casa. (*vivo.*)

Juliet. Chiton, ya entiendo á usted (*vivo.*)

Dentro Germ. Aqui está ya, aqui está ya. (*tiros.*)

Juliet. ¿Que es eso, se baten ya?

Sale Germ. No señora, es el fuego del castillo que saluda al General Chevert. Vaya, muchachos, colocarse y sin confusion.

Salen los aldeanos, aldeanas: criados y pueblo se colocan en el centro. El Marques durante el diálogo anterior, figura adelantarse á recibir al General. Toca la música, tiros, y sale el señor Chevert con todos sus edecanes y Estado Mayor: los aldeanos gritarán: viva el General. Sin desorden.

ESCENA SEXTA.

Los antecedentes. Estado Mayor, aldeanos y el General Chevért, acompañado del Marques de Ormilli. Todos: viva el General.

Gen. Muchas gracias, amigos mios; pero esos aplausos antes de entrar en campaña, me parecen un poco anticipados.

Florb. Bien puede V. E. aceptarlos con seguridad.

Gen. Yo espero que ustedes me ayudarán á merecerlos. Señor Marques, agradezco infinito este recibimiento, y pido á usted anticipadamente me disimule la incomodidad que voy á causarle.

Ormill. ¿Incomodidad? No conoce V. E. todavía mi afecto.

Gen. Sí, amigo mio, estoy contento con la ocasion que nos reune. No he olvidado á usted que ha sido uno de mis mas valientes compañeros de armas. Señores, estoy satisfecho de la exactitud de ustedes. (*al Estado Mayor.*) ¡Que bella criatura! ¿es hermana

de usted, querido Ormilli?

Ormill. Sí señor.

Gen. Arancé, yo encargaré á usted siempre que me escoja los alojamientos, porque usted lo desempeña preciosamente. Señorita, cuénteme usted por un servidor.

Juliet. Muchas gracias, señor General.

Gen. Marques, su hermana de usted es superior á los elogios que me han hecho de su gracia y hermosura.

Juliet. ¡Como! señor General, ¿hablan de mi en el egército?

Gen. Sí, hermosa Julieta, y el hablador no está lejos.

Juliet. ¡Ah! ya adivino... *(aparte.)*

Gen. Señores, no tengo necesidad de recomendar el buen orden, y la modestia mas escrupulosa en vuestra conducta. El señor Marques nos recibe como hermanos, y nos honra admitiéndonos á vivir con su familia. Me lisongeo de que ninguno de ustedes lo olvidará.

Florb. Mi General; esa prevencion es inutil con oficiales de vuestro Estado Mayor.

Gen. Amigo Florbel, yo bien sé por quien lo digo. La vecindad de un campamento, y la sociedad de soldados como nosotros, no debe ser muy agradable á esta señorita.

Juliet. Al contrario, señor General; la sociedad de V. E. no puede menos de serme muy apreciable.

Gen. No tenga usted cuidado; que antes de quince dias, todo el egército estará del otro

lado del Rin, y volveremos la paz á nuestra habitacion.

Juliet. No tenga V. E. prisa, por mí os aseguro que estos señores no me asustan de ningun modo

Gen. Estoy pasmado, querido Marques, de que en una ocasion tan importante para la Francia, no haya usted solicitado la gracia de volver al servicio. Todo nos anuncia una campaña gloriosa, ¿y no ha de participar usted de nuestros lauros?

Ormill. No merezco esa reconvencion, mi General. Tengo hecha la solicitud; y espero que V. E. reciba noticias de Versalles, acerca de ella, antes de anochecer.

Gen. Tanto mejor: pelearemos juntos como en otro tiempo. En mi edad no es posible dejar las costumbres antigüas; voy á poner un informe al Mariscal, y dar disposiciones para asegurar la marcha del egército que debe pasar el Rin. Capitan Florbel, monte usted á caballo en el momento, y lleve usted ese despacho al comandante de Echelestad.

Florb. Bien, mi General.

Gen. Arancé, quédese usted en mi Estado Mayor; antes de una hora confiaré á usted una comision importante, digna de vuestro valor y temeridad ordinaria.

Aranc. Estoy á vuestras órdenes.

Gen. Dentro de una hora espero á usted (*á Florbel.*) Vamos, ya debiera usted haber partido (*vase Florb.*) Venga usted conmigo, Marques. (*á Ormill.*) Vengan ustedes, seño-

res. (*al Estado Mayor.*) Saludo á usted, señorita. (*Vanse.*)

Música. Los aldeanos aclaman, y con los vivas se van detras del General. Ormilli, el Estado Mayor y German. Quédanse solos Juelieta y Arancé.

ESCENA SEPTIMA.

Julieta y Arancé.

Aranc. Al fin, querida Julieta, que puedo verte y hablarte sin testigos, y gozar de la dicha que he estado privado hace seis meses. ¡Ah! dí que participas todavía de mi alegría: que me amas: necesito esta seguridad para aliviar las penas que me causa tu hermano.

Juliet. ¡Ay Arancé! mucho debo amarte cuando no he renunciado á tu cariño despues de lo que me han dicho.

Aranc. ¿Se ha atrevido el Marques á calumniar la pureza de mis sentimientos?

Juliet. No: mi hermano está convencido de la sinceridad de tu afecto. ¿Pero estás ya corregido?

Aranc. ¡Oh! enteramente: me he vuelto tan sosegado, tan pacífico...

Juliet. ¿Con que ya no juegas?

Aranc. Muy poco.

Juliet. ¿Ni riñes? tengo noticias del último desafio en Italia.

Aranc. ¿Que se ha sabido? Es verdad: mi mal-

dito caracter es tan impetuoso, que ni las reflexiones ni los consejos pueden contenerle. No sé soportar la idea de un insulto. Cuando creo que atacan mi honor, me hierve la sangre, pierdo el juicio, y no conozco á nadie.

Juliet. ¿A nadie?

Aranc. Pero tu dulzura, tu presencia sola triunfará de mi violencia. Haz que tu hermano consienta en unirnos, y estoy corregido para toda mi vida; háblale, yo te lo ruego.

Juliet. ¿Hablarle?... Yo?

Aranc. Dile que me amas á pesar de todos mis defectos. Que no amarás jamas á otro... que si te casas conmigo estás segura de mi.

Juliet. Eso es mucho prometer.

Aranc. Julieta, yo partiré muy pronto. La campaña que se prepara puede serme fatal. Haz que lleve conmigo el consuelo de ser tu esposo.

Juliet. Vaya, no me hables de guerra, que me vas á robar mi alegria. ¿Pero tú crees que mi hermano consentirá hoy mismo?

Aranc. ¿Que mejor ocasion podíamos elegir para celebrar este matrimonio? El valiente Chevert le honrará con su presencia. Toda la familia se reune en casa del Marques para el Bautizo de su hijo. Mi padre y mi hermana llegarán mañana.

Juliet. Es cierto que la ocasion es seductora.

Aranc. ¿Con que vas á hablarle?

Juliet. Yo no se lo que diré... pero no importa.

Aranc. Lo lograrás: tengo este dulce presentimiento. Escita la ternura con que te ama. Justamente viene hácia este lado.

Juliet. ¡Ay Dios mio! No te creía tan cerca de nosotros... ¿Que te vas? (*hace como que se va.*)

Aranc. Sí, porque mi presencia os incomodaria á los dos. Volveré al instante á recibir de tu boca la noticia de mi felicidad (*se retira.*)

Juliet. Vaya tengamos un poco de ánimo: se trata de la suerte de toda mi vida. Hablemos razonablemente. ¡Si la cosa no es posible! ¡Ay Dios! esto me aflige mucho.

ESCENA OCTAVA.

Dichos y Ormilli.

Ormill. ¿No está aqui Germar? Ya deben haber llegado los despachos al General: voy á ver...

Juliet. Hermano, aguarda un instante, que voy á hablarte de un asunto muy serio.

Ormill. ¿Muy serio? ya lo entiendo. Tus adornos de madrina... los ramilletes, los dulces: ¿no es asi?

Juliet. No tal: el que te oiga creerá que yo me divierto todavía como una niña.

Ormill. ¡Ah! ya comprendo: á los diez y seis años.

Juliet. Sí, hermano, tengo diez y seis y bien cumplidos. Ya conocerás el asunto de que quiero hablarte.

Ormill. ¡Calle! Ese tonito decisivo te cae pre-

ciosamente. Conozco en tu seriedad que se trata de matrimonio.

Juliet. Justamente.

Ormill. No lo dudaba. Arancé no pierde el tiempo. Apenas ha llegado, ya te hace cavilar. Escucha, querida Julieta, pudiera contentarme con negar mi consentimiento para este matrimonio sin edad, y la autoridad que nuestro padre me dejó sobre ti al morir, me dan este derecho, pero soy tu amigo. Quiero que tengas tanta confianza en mí, como yo tengo amor. Que te persuadas que deseo tu felicidad mas que la mia, y que el anhelo de asegurártela sólidamente, es el único obgeto de mis cuidados y mi resolucion. El señor Arancé...

Juliet. ¡Ay Dios mio! ya sé, hermano, todo lo que vas á decirme; pero me ha prometido enmendarse.

Ormill. Pero dime, amiga mia, ¿en su último viage no me hizo Arancé las mismas promesas?

Juliet. Esta vez está muy decidido; y ademas no te escuchará, y yo le predicaré.

Ormill. Muy bien; y si no logras nada, serás infeliz toda tu vida. Me acusarás entonces, y con razon me dirás... Tú tenias, hermano, mas esperiencia: tú debias ilustrar mi juventud, librarme de un yugo cuyo peso siento ahora: debias haberme desagradado, y reprimir un amor peligroso.

Juliet. Hermano, yo le amo...

Ormill. Y qué ¿manifiesta ser digno de tu ter-

nura? Que se corrija si ha de conseguirse: si de aqui á algunos años...

Juliet. ¡Algunos años! ¿lo esperas? Se marcha antes de quince dias, y antes pide mi mano.

Ormill. ¡Como! ¿quiere casarse?

Juliet. ¡Mañana lo mas tarde.

Ormill. Mañana! En dos palabas, (*riéndose.*) querida Julieta, es necesario tener un poco mas de reflexion.

Juliet. ¡Querido hermano!

Ormill. Es una locura.

Juliet. Te rogaré tanto...

Ormill. Julieta, te he hablado como un buen hermano; si no te convienes, usaré de los derechos que tengo sobre ti. Tú no puedes pensar ahora en casarte, y ese matrimonio que deseas, no se puede efectuar por ahora... ¿me entiendes?

Juliet. ¡Ay! (*suspirando.*)

Ormill. Huye de Arancé. Si echo de ver que su presencia, y tal vez sus discursos irreflexivos, te hacen olvidar la sumision que me debes, desde mañana te hago salir de este sitio. (*vase.*)

Juliet. ¡Ay Dios mio! ¡que crueles son los hermanos! » Huye do Arancé" (*sollozando.*) El habla á su gusto, como está casado, y no está enamorado... Habia yo preparado mi relacion tan bien... Pero que, si no he hablado una palabra que responderle: esto es horroroso, abominable... Yo haré que le regañe su muger...

ESCENA NONA.

Dicha y Arancé.

Aranc. Se marchó.
Juliet. El es .. Dios mio, se me estan saltando las lágrimas... huyamos. *(yéndose)*
Aranc Aguarda, ¿que tienes?
Juliet. Mi hermano, mi hermano...*(sollozando.)*
Aranc. ¿Pero que?
Juliet. No quiere que me case.
Aranc. ¡No quiere!
Juliet. Déjame: me ha mandado que no me vea á solas contigo. *(sollozando.)* Estoy desesperada. *(yéndose.)*
Aranc. ¡Pero por Dios! *(deteniéndola.)*
Juliet. A lo menos, Arancé, no te espongas despechado á morir en el egército. Espera todavía algunos dias... Veremos: quizá muy pronto... Ay Dios mio, que desgraciada soy. *(vase llorando.)*
Aranc. No puedo dudarlo. Es claro que niega su consentimiento. ¿Y con que pretesto? ¿Que razones ha podido dar? ninguna. Capricho, mal humor, el gusto de mortificarme, de humillarme, solo porque mi conducta no está modelada por la suya: no, no sufriré jamas este ultrage. Esposo de mi hermana, es verdad: pero ese título no le da derecho para atacar mi caracter, para calumniar mi afecto, para causar mi desgracia y la de Julieta, para despreciarme en fin, porque

esto no es mas que un menosprecio decidido á mi persona ¡Menosprecio! ¡Si yo lo supiera ningun poder humano le libraria de mi furor. Aqui viene: vamos, tengamos serenidad: le manifestaré que soy dueño de mí.

ESCENA DECIMA.

Dicho y Ormilli.

Ormill. Te andaba buscando, Arancé. Tengo que hablarte de un asunto, del cual debemos tratar con franqueza.

Aranc. ¿Me buscabas? lo estraño mucho: creí que no tenias nada que decirme. (*resentido.*)

Ormill. Parece que estás agitado.

Aranc. Te engañas. ¿Que motivos de inquietud puedo tener? ¿no soy el hombre mas dichoso del mundo? ¿no tengo en ti un amigo, un hermano deseoso de manifestarme á cada instante su estimacion y su celo por mis verdaderos intereses?

Ormill. Conozco facilmente en ese tono irónico que acabas de separarte de mi hermana.

Aranc. Sí, ya se... en fin... que me arrojas de tu familia.

Ormill. ¡Que expresiones! Arancé, no pienses en ellas.

Aranc. Tú que has decidido que soy indigno de tu hermana, me insultas con una negativa tan injuriosa.

Ormill. Esas espresiones no vienen al caso entre nosotros. Yo puedo muy bien sin ofenderte, retardar un matrimonio que tú solicitas con una precipitacion que disculpa tu amor; pero que yo sería imperdonable en imitar.

Aranc. Sin duda deberé darte gracias porque me condenas á la desesperacion, y me espones al escarnio del egército.

Ormill. ¿ Al escarnio ?

Aranc. Si señor: mi amor á la señorita de Ormilli, no es un misterio entre mis camaradas. Saben que me lisongeo de obtener su mano Han debido pensar como yo que mi nacimiento, mis riquezas, la carrera ilustre que tengo abierta, la amistad del señor Chevert, en fin los lazos que unen ya nuestras familias eran títulos suficientes paraque tú...

Ormill Acabemos, si gustas, esa conversacion.

Aranc Te molestas, yo lo siento: pero veo en ello mi honor, mi vida, y quiero que me respondas.

Ormill. Intentas dictarme leyes en mi casa. (*firme.*)

Aranc. Señor Marques... (*con viveza.*

ESCENA UNDECIMA.

Dichos y Florbel.

Florb. ¿Que es esto? ¿que se disputa aqui? ¿Llego á buen tiempo? ¡ Calle ! ¿sois vosotros, amigos?

Ormill. Arancé, dejemos este asunto. (*va á marchar.*)

Aranc. No: te has de ir: me alegro infinito que Florbel esté presente.

Florb. ¡Caramba! yo no quiero incomodaros.

Ormill. ¡Arancé!

Florb. Pero ¿que es ello? Vamos, alguna pendencia. Voy á componerlo en un santiamen.

Aranc. El Marques me ultraja del modo mas ofensivo. (*acalorado.*)

Florb. Vamos, un poco de cachaza.

Aranc. ¡Despreciar á su cuñado!

Ormill. Pero; Arancé, ¿vuelves otra vez?

Florb. ¡Ah! se trata de matrimonio: pero eso no me parece muy justo. Arancé es un caballero muy apreciable; ama á la Señorita Ormilli... y si todos estan convenidos, ¿á que viene retardar su felicidad?

Ormill. Florbel, yo no necsito que me aconsejen.

Florb. Pero entonces es una obstinacion.

Aranc. Es una injuria, y sin ningun motivo.

Ormill. ¿Sin ningun motivo? Tú quieres obligarme á decirte verdades amargas, y en presencia de de un estraño; pues bien, Arancé, que darás satisfecho. Vas á saber mi voluntad.

Aranc. ¿Tu voluntad?

Ormill. Sí señor, yo soy dueño de la mano de mi hermana; y mi primera obligacion es escoger un esposo, cuya edad y caracter sean garantes de su felicidad futura. ¿Que seria

da ella, gran Dios, si te viese esclavo de una preocupacion bárbara, esponer sin cesar tu vida en esos combates crueles de que la patria no recoge ningun trato?

Aranc. Señor Marques...

Ormill. Y ¿cual seria la suerte venidera de tus hijos? Una casualidad funesta podia á cada paso privarles de su padre, de su apoyo.

Aranc. Eso ya es demas. ¿piensas?...

Ormill. Tú riñes con todo el mundo por una mirada, por una palabra mal interpretada; todo para ti es motivo de quimera.

Florb. Marques, eso es exagerar un poco las cosas.

Aranc. ¡Que fortuna la tuya que (*con cólera reconcentrada.*) cuando te casastes con mi hermana, no me hubieran consultado para elegir al que habia de ser mi cuñado! Si tú no amas á los alocados, yo aborrezco á las personas de una frialdad estremada, á quienes el insulto mas violento no hará salir de su natural frialdad.

Florb. Vamos, Arancé, eso ya es enfadarse.

Ormill. Me he contentado con derramar mi sangre por la patria: se la debia toda, y jamas fui avaro de ella en el campo de batalla.

ESCENA DUODECIMA.

Dichos y oficiales del Estado Mayor atraidos por el ruido.

Ofic. ¿Que es esto?

Aranc. Ese nuevo insulto... (*con calor.*)

Florb. Venid, amigos, venid á ayudarme: mirad un lance que se va empeñando entre dos hermanos; es un escándalo.

Ormill. ¿Un lance? (*risueño.*)

Aranc. Nada de eso. El señor Marques es la misma prudencia. ¿Quien lo puede dudar? No se ha batido nunca sino con el enemigo. Ello es verdad que ha dejado el servicio un poco temprano.

Ormill. ¿Que es lo que dices, Arancé? (*alterado.*)

Florb. Vamos, eso es demasiado picante en presencia de estos señores.

Ormill. ¿Te atreves á infamar mi honor?

Florb. Si digo que acabarán riñendo, no, no me equivoco.

Ormill. Ya es una demasía: sal de mi casa.

Aranc. Con mucho gusto; pero sígueme.

Ormill. Insolente. (*empuñando: los oficiales median.*)

Florb. Estaba viéndolo; ya no hay arbitrio, para componerlos.

Aranc. No te dejo: me has de dar satisfaccion.

Florb. Amenazas, injurias.. Voto va brios que no se necesita tanto.

Ormill. Tú me fuerzas á ello: ya te sigo. (*fuera de sí.*)
Florb. Vamos, ahora cachaza: es una lástima: ya veis hago cuanto puedo para evitarlo: quedad acordes y despues...
Ofic Señores, que llega el General.
Florb. Cuidado que el no se chancea en esto de desafíos: disimulad.
Aranc. Salgamos.
Florb. No; eso daria que sospechar: chito, discrecion. Luego os encontrareis. Sierto mucho este lance... ¿Es con espada ó con pistola?
Ormill. Con espada.
Aranc. Acepto.
Florb. Es una desgracia, dos cuñados, dos amigos. No podré consolarme. No lleveis testigos, que yo os acompañaré. Chito, que llega el General.

ESCENA DECIMATERCIA.

Los dichos, el General Chevert y Julieta.

Gen. Tenia usted razon, mi querido Marques. Acabo de recibir la orden del ministro concediendo á usted volver al servicio activo. Me autoriza para tener á mi lado en esta campaña otro valiente mas, cuya esperiencia é intrepidez son iguales.
Aranc Y se lo he echado en cara: (*aparte*) ¡maldita cabeza!
Juliet. ¡Pobre Arancé! no me atrevo á mirarle.
Gen. Señores, presento á ustedes un nuevo ca-

marada: desearía que ustedes le tomasen por modelo: le conozco mucho tiempo hace; y algunos de ustedes que confunden frecuentemente una loca temeridad con el verdadero valor, estoy seguro que les vendrá muy bien seguir su egemplo. (*aparte Arancé riéndose.*)

Florb. La leccion viene muy á tiempo.

Ormill. Mi General, yo no merezco...

ESCENA DECIMACUARTA.

Dichos y un oficial.

Ofic. Mi General, este pliego.

El General toma el pliego, lee para sí: entretanto Ormilli y Arancé se dan las manos, y con señales aprueban esperarse á mañana para batirse. Julieta los observa, y todos con orden.

Juliet. Me parece que se tratan amistosamente. se han dado la mano: sea enhorabuena.

Gen. Otros tres de mis mejores oficiales muertos en desafíos: vive Dios...

Ormill. Que dice V. E.

Gen. Bajo el fuego del enemigo cuando la patria necesita todos sus defensores. ¡Que insensato furor!

Florb. ¿Tres desafíos y no estar yo alli? (*ap.*)

Gen. Ya ven ustedes, señores, cuanto me irrita este esceso de audacia: si supiera quienes son los culpables... pero no se escaparán: su castigo será terrible.

Florb. Mi General, no se puede impedir á los valientes...

Gen. Señor Florbel, yo no puedo tolerar esas proposiciones: mis principios son (*con enojo.*) invariables. Que un ser inutil esponga su vida en un desafío por un falso punto de honor, es una locura: pero que un guerrero valiente que debe dar cuenta á su príncipe y á su patria de toda su sangre la prodigue en querellas particulares, es una falta que yo no perdonaré jamas, y que perseguiré con todo mi poder.

Juliet. Es muy bien hecho.

Gen. Señores, á caballo inmediatamente. Que el comandante de Echelestat reuna el consejo de guerra, y envie las informaciones que tiene ya hechas de esos desgraciados (*al oficial.*) acaecimientos. Es preciso dar egemplo al egército: Arancé, vaya usted al instante á Brisa para que principien las averiguaciones. Florbel, usted irá á avisar al Prevoste del egército. Ustedes recorrerán la (*á los oficiales.*) linea, y tomarán las declaraciones necesarias. Señor Marques, usted será fiscal del consejo de guerra.

Ormill. ¿Yo mi General?

Gen. Usted aborrece y desprecia tanto como yo esta especie de atentados, y no puedo tener mejor eleccion.

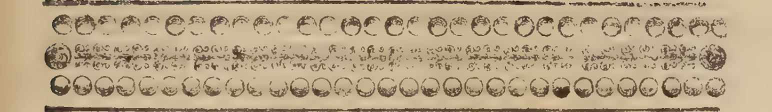
Ormill. ¡Dios mio! en que momento debemos (*ap*) obedecer. Hasta mañana. (*aparte á Arancé.*)

Aranc. Hasta mañana. (*Ormilli aparte.*)

Florb. Eso es; pero que no hagais nada sin mí. (*á los dos.*

Gen. Señores, sirva á ustedes de leccion este egemplo. Acuérdense ustedes que no sufriré un solo dia en la clase de mis valientes, la que se haya manchado con la sangre de sus hermanos de armas. (*vase.*)

Los oficiales le saludan: el General da la mano á Julieta. Arancé y los demas parten por la derecha: el General y Julieta por la puerta.



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa lo interior del parque del castillo. A la izquierda un pabellon abierto que deja ver el principio de una sala: á la derecha un emparrado cubierto, rodeado de árboles. El teatro lo cierran unas rejas compuestas en medio, y detras el camino que conduce á la iglesia, la cual se ve á lo lejos.

Al levantarse el telon, German estará sentado junto á una mesa que está en la antesala del pabellon, en la cual habrá una luz ardiendo, hace ademan de despertar, apaga la luz, se oye un reloj dar las seis.

Nota.

En este acto las salidas de la izquierda son por el pabellon todas, y las entradas lo mismo: y las de la derecha por el bastidor mas arriba del emparrado, que debera haber una puerta de emberjado y no hay mas.

ESCENA PRIMERA.

German Solo.

Germ. ¡Ay Jesus! ¡ya son las seis! Estoy seguro que mi amo no duerme. ¡Ah! irá á reñir! ¡reñir? y ¿con quien? ¡Con el hermano de su muger! ¡de una muger que idolatra! ¡maldito trance! ¿Como habrá sucedido?

Como todas las quimeras: por una palabra, por una equivocacion, por una nada.. Sí, lo apostaría, aunque el señor Marques solo me lo ha contado á medias tomándome el juramento de no hablar de ello á nadie. No hay remedio: ese loco de Arancé tiene la culpa. Es tan vivo, tan atrevido... y luego los buenos amigos, camaradas que estan presentes soplan el fuego en vez de apagarle. ¡Que desconsuelo para toda la familia! ¡y mi pobre ama! y su padre que viene hoy al Bautizo del niño... ¡si llegarán tarde y no abrazarán al Marques! Gente biene: es el capitan Florbel. Es imposible que este no tenga parte en esta desgracia, porque no le puede sufrir.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos y Florbel.

Florb. German, ¿donde está tu amo?

Germ. Ha salido. (*de mal humor.*)

Florb. ¿Ha salido? ¡Que diablos! Arancé no ha vuelto todavia de comision...

Germ. Permita Dios que no vuelva jamas.

Florb. Sosiégate. Arancé es hombre de su palabra, y antes que faltar á semejante cita reventará todos sus caballos. ¡Ah! dime, ¿que camino ha tomado tu amo?

Germ. No lo sé.

Florb. Con tal que no se haya portado como un muchacho.

Germ. ¿Como?

Florb. Sin esperiencia... no lo habrá arreglado todo como era necesario.

Germ. Pero ¿ que arreglo?

Florb. Habrá tanto que arreglar.

Germ. Me parece mas juicioso de lo que yo (*ap.*) pensab.. ¿ Con que usted hubiera arreglado las cosas?

Florb. Lo mejor del mundo.

Germ. Me dan unas ganas de ir á buscar (*ap.*) á mi amo.

Florb. Le hubiera instruido, le hubiera manifestado...

Germ. ¡ Que! ¡de veras! le hubiera usted hecho conocer...

Florb. Sin duda, le hubiera enseñado un sitio cómodo y solitario.

Germ. ¿Para reñir? (*asombrado.*)

Florb. Sí, alli detras de aquella iglesia lo descubrí esta mañana; te digo que es solitario: no hay peligro que á uno le sorprendan, y se concluyen estos asuntos como en su casa.

Germ. ¡ Caramba! mi amo no tiene necesidad de las advertencias de usted.

Florb. Vean ustedes aquel Caton, (*riendose.*) aquel sabio, el moralista del egército que defendia que ninguno debia pelear sino contra el enemigo, cuya opinion respetábamos por las acciones gloriosas que le habian distinguido en otro tiempo: ya le tenemos desafiado en forma con el hermano de su muger. Yo he visto comenzarse esta quimera, amigo German.

Germ. ¿ Y no ha impedido usted las resultas?

Florb. ¿ Que impedir ? si no se aman los dos cuñados, y cuando dos sugetos no se aman es imposible evitar un lance.

Germ. ¡Que hombre ! (*ap.*)

Florb. Por lo demas, tu amo se ha dado á conocer perfectamente : sereno... prudente... no hay nada que decir. Pero la querella se ha empeñado, y puede ser que no tenga malas resultas.

Germ. ¿Que no tenga malas resultas? ¿Y si se matan?

Florb. Los dos no : eso seria mucha desgracia.

Germ. ¿ Pero que, señor ? (*espantado.*)

Florb. Escucha. Ha habido palabras duras, injuriosas, y delante de casi todo el Estado Mayor : ya no hay arbitrio para componerlo porque se han desafiado.

Germ. ¡ Pobre muger ! ¡ desgraciado niño !

Florb. No tengo mas que un temor.

Germ. ¿ Cual ?

Florb. No poder ser testigo del combate. El General tiene una actividad que desespera : me ha dado diez órdenes en un momento, y ahora mismo otra nueva carrera.

Germ. ¡ Asi te enviara con dos mil diablos! (*ap.*) ¡ Maldito, loco!

Florb. Lo peor es que tengo reventados los caballos. Volo á... estoy tan de prisa, y tu amo no vuelve ; venia á prevenirle que no contase conmigo, y ademas... pero bien puedo darte este encargo. Despues del desafío no tendrá quizá tiempo. Toma, entrega este bolsillo al que salga vencedor de los dos.

Eso es todo lo que poseo en este momento. Adios. (*vase.*)

Germ. Me ha dicho mil disparates, y ha (*pausa.*) concluido con un rasgo de generosidad. ¡Dios mio! ¡mi amo!

ESCENA TERCERA.

Dicho y Ormilli con botas y espuelas.

Ormill. ¿No ha venido nadie todavía?

Germ. El capitan Florbel acaba de salir: me ha dejado este bolsillo...

Ormill. No le necesito: se lo devolverás dándole las gracias... German. (*saca una carta del pecho.*)

Germ. Señor.

Ormill. Toma esta carta para mi muger.

Germ. ¿Para la señora? (*temblando*)

Ormill. Entrégasela cuando llegue; si yo no vuelvo, ya me entiendes. Ten cuidado de prevenir primero á su padre.

Germ. ¡Ay señor! ¡que encargo! Nunca me ha hecho daño la señorita, ¿y quiere usted que yo la dé la muerte? (*German pone la carta en la mesa que está en la puerta del pabellon.*)

Ormill. Tienes razon, perderá la vida: desfallece todo mi valor á esta horrorosa idea. German, ya hace veinte años que sirves en mi casa, sé que me tienes un tierno afecto.

Germ. Si yo pudiera á costa de mi sangre conservar un amo tan bueno.

Ormill Todo lo he tenido presente, amigo mio: te dejo asegurada una decente subsistencia.

Germ. No señor; no: guarde usted sus beneficios. Viva usted, que es lo único que me interesa. Tenga usted compasion de una esposa querida; deseche usted tan cruel proyecto: desprecie usted los insultos de un descabellado.

Ormill. No puede ser.

Germ. Si hablara yo al General... (*sollozando.*)

Ormill. ¡Infeliz! ¿que es lo que dices? (*alterado.*)

Germ. Perdone usted, señor.

Ormill. Tus lágrimas me enternecen, buen German; pero cuidado que no te vendan. Ten presente que la menor indiscrecion me deshonraria á vista de todo el egército.

Germ. ¡Ah, señor! no necesito hablar: mi silencio, mi turbacion espantará á todos, y cuando no egecuto otras órdenes, me parece que cometo un crimen.

Ormill. Déjame, y ve á ver si han ensillado los caballos. He ofrecido esperar aqui á Arancé: anda, buen German.

Germ. Si mi querido amo me permitiera...

Ormill. Ven, ven, amigo mio. (*le abraza.*)

Germ. Dios mio, qué será de nosotros. (*se va llorando.*)

Ormill. No hay ya remedio; cruel Arancé, ¡cuantas víctimas vamos á arrastrar con nosotros! Es preciso dejarlo todo, huir de esta casa, abandonar á una esposa... ¡Dios eterno! Ella va á venir acompañando á su padre. Llegará el conde de Arancé, entrará, me

buscará, correré á ver mi hijo... ambos me llamarán, pero no, no hay padre, no hay esposo: una casa desierta; una soledad espantosa.. un niño desamparado.. Desgraciada criatura, tal vez no podrás conocer á tu padre. ¡Ernestina! querida Ernestina, perdona. Tú recibirás mi carta, conocerás cuanto te amaba, y que el honor solo... (*con amrgura*) no nombro á su hermano, no: demasiado pronto sabrá quien es mi enemigo, y acaso me aborrecerá menos por haberla ocultado la mitad de su desgracia.

ESCENA CUARTA.

Dicho y Julieta por el pabellon.

Juliet. Buenos dias, hermano.
Ormill. ¡Julieta!
Juliet. Te admiras de verme tan de mañana; pero si no he podido dormir en toda la noche. Tenia el corazon tan oprimido: conozco que no me quieres por lo que pasó ayer: no me has hablado desde anoche: huyes de mí: ni me has mirado una vez siquiera. Perdóname por Dios, hermano mio.
Ormill ¡Perdonarte, amada criatura!
Juliet. Sí, no me pongas mala cara. Soy una aturdida. Yo he tenido la culpa; pero no he podido soportar la idea de haberse disputado. Esa indiferencia me desespera. Ríñeme si lo he merecido, dime todo lo que sientas, pero no me pongas ceño, me hace tanto

mal. (*Ormilli quiere hablarla y no puede, la abraza con mucha ternura.*) Ah! con que me perdonas! (*muy regocijada despues de una corta pausa.*) Ahora voy á complacerme en las graves funciones de madrina. Todo esta preparado para el Bautizo. Mi hermana y el conde de Arancé llegarán muy pronto; y ademas, ¿no sabes, hermano, que he convidado al señor Chevert?

Ormill. ¿Al General?

Juliet. Al mismo: tuvimos á noche los dos una larga conversacion, dice que le he divertido mucho: que tengo mas juicio que permite mi edad. Es un hombre muy apreciable: en fin, le he convidado para la ceremonia, y no faltará, porque te estima mucho.

Ormill. Bien, querida Julieta; pero... déjame porque espero á uno.

Juliet. ¡Ay! no quiero incomodarte... ¿Esperas á uno? pero no será para salir. El Bautizo es á las diez, y seria una cosa muy graciosa que no asistieras.

Ormill. ¡El Bautizo! Siempre la imagen de un (*aparte.*) hijo, de su madre. Anda, querida Julieta, ama mucho á mi Ernestina.

Juliet. ¿Pero que es lo que tienes? esa turbacion...?

Ormill. Adios, adios. (*la abraza otra vez.*)

Juliet. ¿Pero que es esto? tú me abrazas como otras veces cuando ibas á la guerra, y sin embargo que todavía no vas á pelear...

Ormill No; pero muy pronto....

Juliet. El General me ha prometido que no ata-

cará antes de ocho dias, y como esto pende de él... no, estoy muy segura que no dará batalla ninguna sin advertírmelo primero.

Ormill. No puedo resistir: su candor, su ternura...

ESCENA QUINTA.

Dichos y Labri.

Labri. Señor Marques.

Ormill. ¿Que quiere usted?

Labri. Su cuñado de usted acaba de apearse ahora. Se halla hablando con el General, me ha mandado que os diga que al instante que esté libre, vendrá á buscaros aqui.

Ormill. Está bien: dígale usted que le espero. (*sereno vase Labri.*)

Juliet. Arancé, me alegraria saber lo que tienen que decirse. (*ap.*)

Ormill Esta tardanza me aflige, ¿Has oido, Julieta?

Juliet Ya, ya me voy, no creas que tengo curiosidad...

Ormill No lo creo. (*sonriéndose.*)

Juliet. Te dejo libre; pero volveré á avisarte al momento que vea el coche de mi hermana, ¿ estás?

ESCENA SEXTA.

Dichos y German, gritando alegre.

Germ. ¡Señor! ¡Señor! ya está aqui, ya está aqui.

Ormill. ¡ Quien?
Germ La señora. Aqui llega.
Ormill ¡ Mi esposa! (*sobresaltado.*)
Juliet. ¡ Mi hermano ! que contenta estoy. (*saltando de alegria*)
Ormill. ¡ Dios mio ! ¿ que la diré? ¿ Como he de ocultar mi funesto secreto ?

ESCENA SEPTIMA.

Dichos, Ernestina en trage de camino entra precipitada.

Ernest. ¿ Donde está? ¿ donde? ¡ ay ! ya le veo.
Ormill. ¡ Ernestina ! (*abrazandola.*)
Ernest. Creí que no llegaba nunca : ¡ que pesados son esos caballos para volver! buenos dias, querida Julieta. Buenos dias, German, á todos os vuelvo á ver.
Juliet Querida hermana! ¿Pero donde está tu padre? (*abrazandola.*)
Ernest. Se ha detenido un momento á hablar con el General Chevert. No sabia yo (*á Ormi*) que estabas con tan buena compañía.
Juliet Voy corriendo á abrazar á mi buen conde de Arancé, aunque no le toca á la madrina anticiparse... pero en mi edad y la suya, no charlarán. Aqui está. (*aparte á Ernestina.*)
Ernest ¿ Quien?
Juliet. Tu hermano; pero chiton, ya hemos tenido un lance. No es ahora ocasion de hablar de esto.
Germ. Bien está; hablaremos despues.

Juliet. Voy á traer al conde (*vase corriendo.*)

Ernest. Ormilli, ¿y nuestro hijo?

Ormill. Hace un instante que le he visto.

Ernest. Te he sorprendido, ¿no es verdad? no me esperabas tan pronto... pero no hemos querido descansar en el camino.

Ormill. Muy bien hecho. (*cortado.*)

Ernest. No puedes pensar lo larga que se me ha hecho esta ausencia.

Ormill. Mucho siento no haber podido acompañarte.

Ernest. ¿Y no podré pedirte cuentas de ayer noche?

Ormill. ¿Como de ayer? (*turbado.*)

Ernest. ¿Que te admiras? ¿piensas que te dejamos bajo de tu buena fe, y que no nos informamos de tu conducta? Ayer hubo baile en el castillo: gran reunion: el Estado Mayor del General Chevert.

Ormill. Con que, sabes...

Ernest. Sé todavía mas.

Ormill. ¿Todavía mas? (*con mayor turbacion.*)

Ernest. Sin duda, sé que á pesar de la alegria que te rodeaba, estabas serio, pensativo, que has vuelto á tu cuarto á las diez, que te cerraste por dentro; pero no te comprendo... me parece que estás distraido.. cortado... (*observándole.*)

Ormill. Yo enagenado con el gusto de volver á verte...

Ernest. Tú manifiestas mas inquietud que alegria. ¿Como estás de uniforme? (*abrazandose.*)

Ormill. Ya sabes la solicitud que tenia hecha al ministro; pues hoy ha llegado la orden al General, y vuelvo á entrar en el servicio.

Ernest. Pero estás dispuesto á montar á caballo: ¿donde ibas?

Ormill Iba... á salir á recibirte. (*muy turb.*)

Ernest. ¿A recibirme? y apartas la vista... esa agitacion... quiero saberlo absolutamente.

Ormill. ¿Como huiré de sus brazos? (*ap.*)

Ernest. Ormilli, tú tienes alguna pesadumbre, y me la ocultas. (*con sobresalto.*)

Ormill. No, querida Ernestina, no... (*con desden.*) pero quisiera abrazar á tu padre, y si lo permites...

Ernest. Me enternezco.. ¿Habrá sucedido (*sobresaltada.*) alguna desgracia? mi hijo... quiero verle al instante... (*Da algunos pasos hácia el pabellon. Se acerca á la mesa, y ve la carta que dejó German, Todo vivo.*) ¡Cielos! una carta suya... y para mí; ¡yo tiemblo! (*la abre y lee rápidamente.*)

Ormill. ¡Mi carta! German la ha olvidado: (*alterado.*) soy perdido. Espera, Ernestina, detente. (*corriendo á ella.*)

Ernest. ¡Dios mio! socorredme...

Ormill. Ernestina, querida Ernestina. (*sosteniéndola.*)

ESCENA OCTAVA.

Dichos, el conde Arancé y Julieta.

Juliet. Por aqui, señor Conde, por aqui estan tan contentos....

Conde. ¡Hijos mios! Abrázame, Ormilli. ¿Que veo?

Juliet. ¡Ay Dios mio! (*pausa.*)

Ernest. Lea usted, padre, lea usted. (*dándole la carta.*)

Ormill. ¡Cielos! ¿como podré sufrir este nuevo infortunio?

Conde. Tú ibas á reñir, Ormilli. (*con dignidad despues de leer.*)

Ernest. Señor, á usted únicamente puedo recurrir ahora: olvida que es padre y esposo: que todos respiramos por él.

Conde. Hija mia, déjame solo con Ormilli.

Ernest. Piénselo usted bien; yo no podré sobrevivir á mi esposo. Ormilli, ¿este es el premio de mi cariño? ¿que te he hecho para merecer este abandono? ¿Quien es el malvavado que te ha insultado? ¿Tiene mas poder en tu alma el aborrecimiento á tu enemigo, que el amor que me debes? ¿Puedes sacrificar todo lo que mas estimas al vano placer de la venganza? ¿Abandonar tu esposa, tu hijo, tu hermana, por satisfacer un rapto de cólera? ¡Ay hermano mio! ven á socorrerme. Tu padre, tu hermana tiemblan por Ormilli. Tú debes librarle de un furor.

ESCENA NONA.

Dichos, Arancé habrá salido sin verlos, y al ver á su padre y hermana, se sorprende.

Aranc. ¿ De su favor pues que... (*admirado*)
Ernest. Mi esposo va á reñir.
Aranc. ¡ A reñir ! y ¿ quien te lo ha dicho ?
Conde. Guárdate, Arancé, de ofender á un hombre de honor : una desgraciada carta que escribia á su muger, y que no debian entregarla hasta despues del combate...
Aranc. ¿ Y en esta carta ?... (*con inquietud.*)
Ormill. No se nombra á mi adversario. Sentiria mucho que se librase de venganza.
Aranc. Me alegro reconocerte en ese proceder.
Conde. ¿ Que dices, hijo ? (*á Arancé*)
Ernest. ¡ Cruel ! tú le irritas en lugar de calmarle.
Juliet. Eso es horrible ; y tú, hermano mio, tú que detestas los desafíos, que los condenas en los demas... ya no te conozco !
Ormill. Julieta, Ernestina, no me aflijais.
Ernest. Hermano, querido hermano, yo te (*á Arancé.*) ruego que seas mi apoyo, mi salvador : ¡ te estremeces ! ¡ temes ver mis lágrimas ! No abandones á Ormilli : le dejo en tus manos : si, á ti confio la vida de mi esposo... jura que seguirás sus pasos, que no le dejarás.
Aranc. Yo... (*turbado.*)
Juliet. Si señor ; usted, y si usted vacila un

momento, no le volveré á ver en mi vida, y renuncio su mano para siempre.

Conde Arancé, no te separes de el.

Aranc. ¿Que me pide usted? (*agitado.*)

Conde. Lo que Ormilli haria por ti si te hallaras en su lugar. Hija mia, dejanos: Ormilli no puede esplicarse delante de tí; pero yo sabré al instante la verdad. Si, debo aclarar este funesto misterio, y velar por la vida de tu esposo

Ernest. Padre mio, usted és mi único amparo.

Juliet. Vamos, hermana.

ESCENA DECIMA.

Dichos y German.

Conde. ¿German? escucha. (*le habla aparte.*)

Germ. Sí señor.

Conde. Que no puede salir del castillo. (*bajo.*)

Germ. Está bien. (*bajo y vase.*)

Conde. Ernestina, Julieta, cuidado con el silencio. Disponed que el Bautizo se haga al instante: la vista de su hijo tal vez...

Ernest. ¡Ah! ya entiendo á usted, voy á disponerlo. (*vase.*)

ESCENA UNDECIMA.

Ernestina y Julieta marchan por el pabellon; el Conde va acompañando á su hija y Julieta hasta la puerta del pabellon; mas sin perder de vista á Ormilli y á Arancé, á quien siempre ha estado observando.

El Conde Arancé y Ormilli.

Aranc. Aprovechemos este momento: los caballos estan prontos. (*bajo á Ormilli.*)
Ormill. Partamos. (*van á partir.*)
Conde. Esperad.
Aranc. Padre, ¿quiere usted que falte á una cita tan sagrada?
Conde. No señor; pero tengo derecho á saber si toma las armas con causa legítima, y si su adversario es digno de medirse con él.
Aranc. Su adversario...
Conde. ¿Le conoces tú?
Aranc. ¡Yo! padre... (*turbado.*)
Conde. Tú has sido testigo de la querella: lo conozco.
Aranc. Es verdad.
Conde. Estaba tambien presente el capitan Florbel.
Ormill. Si señor.
Conde. ¿Y no es con él?
Ormill. No señor. Se lo juro á usted; pero no me pregunteis el nombre de mi adversario.
Conde. Ya lo sé.
Aranc. ¿Comó? (*sobresaltado.*)

Conde. Tú eres: contigo va Ormilli á reñir.

Ormill. ¡Dios mio! (*aparte.*)

Conde. Tus miradas, las del Marques: la turbacion que reina en vuestros discursos: el odio injusto que teneis á Ormilli, todo me dice que tú eres el que va á degollar á tu hermano. . . . .

Aranc. Padre mio, me avergüenzo de mi violencia: pero ya no tengo otro remedio que morir ó arrancarle la vida para conservar el honor. Usted es militar y sabe...

Conde. Yo sé que las leyes deberán infamar á el agresor. Las familias respirarán en paz á el abrigo de una providencia tan sábia, yo tendria todavía un hijo; pero tú, Ormilli, ¿no debias haber despreciado á un insensato, y dejar á su padre el cuidado de castigarlo?

Ormill. ¡Ah señor! lo hubiera intentado en vano: la publicidad de la querella... el dictado vergonzoso que los militares aplican injustamente al hombre que deja impune un ultrage... todo me ha obligado á admitirle.

Conde. ¡Desventurados! ¿en que abismo nos arroja vuestra imprudencia! ¿Debias olvidar los lazos que os unen? ¿Debias olvidar que ambos sois mis hijos? solo veis el placer inhumano de vengaros, la necesidad de ceder á la rabia que os anima. ¿Pero habeis calculado las consecuencias de vuestro crimen? ¿Que mano teñida en mi sangre pretenderá enjugar mis lágrimas? ¿serás tú, Arancé, quien vendrás á decir á tu hermana que la has privado de su esposo? ¿Tú, Ormilli, ¿te

presentarás á tu esposa oprimido con la muerte de su hermano?

Ormilli y Aranc. ¡Ah padre! (*conmovidos.*)

Conde. No os hablaré de mí: tengo ya pocos dias que vivir.

Aranc. ¿Que me recuerda usted, padre mio?

Conde. ¡Hijos ingratos! ¡Hermanos y esposo bárbaro! Y que caso haceis de nuestras lágrimas, de nuestra desesperacion? ¡Ah! vosotros mereciais haber venido al mundo sin hallar en él padre que os recibiera en sus brazos, una hermana que os diese á conocer las dulzuras de la amistad, y una esposa que os ayudase á soportar las penas de la vida: (*Ormilli y Arancé se acercan á él con ademan de suplicarle y los rechaza.*) no, no teneis disculpa. Ve, Ormlli, ve á abrazar á tu hijo, quizá por la última vez. ¿Como has de resistir su sonrisa, sus caricias? ¿A quien le confias? ¿A una madre desventurada, que sin duda no te podrá sobrevivir? ¿A mí, cuyo amparo perderá muy pronto? Imprudente.

Ormill. Padre mio, usted despedaza mi corazon con esa pintura horrible; pero el honor...

Conde. ¿El honor? no os detengo. Corred, (*con indignacion y nobleza.*) inhumano, corred á completar la pérdida de toda una familia, una vez que está comprometido vuestro honor, una vez que la afrenta no puede lavarse sino con sangre, volad á consumar el sacrifisio; pero á lo menos esperad que yo huya de esta casa: no me obligueis á ser testigo de ser complice de vuestro crimen, no temais:

pronto quedareis libres para abandonaros á todo vuestro furor. Ormilli, he venido al Bautizo de tu hijo, voy á mandar que se haga inmediatamente la ceremonia. En seguida tomaré coche, y os dejaré para siempre.

Ormill. ¿Que dice usted?

Aranc. Padre, si usted pudiera ver mi corazon...

Conde. Ya no tengo mas que deciros: *(con nobleza.)* voy á la iglesia: voy á poner mi nombre á tu hijo, Ormilli: es tu sobrino, Arancé, es hijo de tu hermana. Seguid entrambos.

Aranc. ¡Gran Dios! el General viene hácia nosotros.

Conde. ¿El señor Chevert?

Ormill. Señor, por Dios, silencio. *(con prontitud.)*

Aranc. Piense usted que somos perdidos.

Conde. No temas nada.

ESCENA DUODECIMA.

Dichos, el General Chevert y Florbel.

Gen. Encuentro á usted con su familia, señor Conde, no me admira, porque este es el único placer verdadero para un buen padre; sobre todo cuando posee una familia tan unida como la vuestra.

Conde. ¡Cielos! ¡en que momento! *(aparte.)*

Florb. Llego á tiempo, ¿no es verdad? *(aparte á ellos.)*

Gen. Este es el mejor dia de vuestra vida,

lo conozco. Usted se ve renacer en un nieto, que será digno de su padre. Querido Conde, bien merece usted esta dicha, y yo tengo mucha satisfaccion en asistir á la tierna ceremonia que se prepara.

Conde. Todo está dispuesto, mi General, y al instante...

Gen. Sí, ya van á ir á la iglesia: sé que la Marquesa, aunque está algo indispuesta, segun me han dicho, ha dado las órdenes con tanta priesa y eficacia... Nuestra graciosa Madrina ya está vestida reuniendo á todos.

Conde. Muy bien: esta es mi última esperanza.

Gen. Siento mucho en un momento tan agradable privarle á usted de uno de sus hijos. Arancé va á partir sobre la marcha: le he prometido una comision digna de su valor.

Conde. Su primera obligacion es obedecer. (*con eficacia.*) ¡ Que ventura *!* Se alejará, y (*aparte*) durante su ausencia...

Aranc. ¿Que? ¿ mi General?

Gen. Podrá usted estar aqui de vuelta antes de anochecer; pero no tiene usted que perder un instante.

Conde. Tiene usted razon, mi General: todo debe ceder á la voz de la patria. Obedece, Arancé; Ormilli, tu esposa te aguarda.

Arancé y Ormilli se hacen señas de aprobacion para verificar el combate antes de marcharse.

Gen. Señor Conde, ya pueden marchar á la iglesia; no necesito mas que un momento

para dar algunas instrucciones á Arancé.

Conde. Está bien: ya yo estoy mas tranquilo: no reñirán. (*aparte vase.*)

Gen. Florbel y Ormilli, ustedes se quedarán.

Ormill. ¿Se trata sin duda de algun movimiento?

Gen. Del cual depende la salvacion del egército.

Todos. ¿La salvacion del egército?

Gen. El enemigo, dueño de todas las posiciones que miran á Echelestad del otro lado del Rin, espera envolvernos y cargarnos con todas sus fuerzas, si intentamos pasar el Rin; espera envolvernos y cargarnos por Cohonaz. Nos aguarda en aquél punto, que parece el mas á propósito para nuestro designio. Para engañarle mejor hé esparcido la voz de que esperaba al mariscal Mellervoa, y que no pasaria el Rin hasta su llegada. Esta noche misma estarán mis tropas del otro lado del Rin.

Aranc. ¿Esta noche?

Florb. Calla, que tenemos mas tiempo del que se necesita. (*aparte á Arancé.*)

Gen. Hace dos dias que tengo tomadas mis medidas, muchos regimientos estan ya en Belfed: un solo cuerpo de húngaros defienden en aquel punto la otra orilla Se trata de avisar á tiempo la division de Villebrune, que se ha apoderado anoche de Vilferg, para que marche al mismo tiempo que nosotros, rodee la posicion y corte la retirada de los húngaros.

Ormill. Perfectamente, mi General.

Gen. Necesito un oficial inteligente é intrépido: he puesto los ojos en usted, Arancé.

Aranc. Mandad, mi General.

Gen. Va usted á pasar el Rin por Belfed, ya estan dispuestas las paradas de caballos: tira usted derecho á Vilferg. Tiene usted que pasar con precision por delante del bosque que ocupan los húngaros: no tienen mas que infanteria, le darán á usted el quien vive, y usted no responderá. Llegará usted, y mandará avanzar la division francesa. Lo demas está ya previsto y asegurado el paso del egército.

Ormill. El éxito de este plan me parece seguro.

Gen. Cuento con usted para la egecucion: Arancé, parta usted inmediatamente, aun sin despedirse de su familia, y cuidado que alguna indiscrecion no malogre la empresa: para la vuelta preparo á usted una recompensa que lisongeará su ambicion. Adios: yo voy á ocupar el lugar de usted en el Bautizo de su sobrino: hasta la noche. Repito que la salvacion del egército depende de exactitud. Venga usted, Ormilli.

Ormill. Mi General iré al instante: tengo que dar á German algunas órdenes: (*embarazado.*) os alcanzaré en la iglesia.

Gen. Voy á decirselo á las señoras. (*vase.*)

Aranc. Ya lo has oido, Ormilli: tengo precision de marchar, y puedo morir en esta peligrosa comision.

Ormill. Estoy dispuesto, Arancé. (*con nobleza.*)

Florb. De veras que es un apuro: ¡ Que dia-

blos! una comision que desempeñar... un Bautizo... no me atrevo aconsejaros nada... pero mirad. todo el egército está instruido de vuestra querella, y yo no sé por que milagro no ha llegado á oidos del General.

Aranc. Puedes ahora mismo.

Ormill. Salgamos.

Florb. Es imposible: ¿Con que no sabeis? Está consignado en todas las puertas del castillo: la Marquesa ha dado las órdenes: pero lo que hay de bueno es que no sospecha que su adversario está en su casa.

Ormill. Y ¿que hemos de hacer? *(aqui van saliendo todos los del Bautizo como va dicho.)*

Florb. Como no sea dentro del parque.

Aranc. Tienes razon, aqui mismo. *(saca la espada.)*

Ormill. Sea. *(hace lo mismo.)*

Florb. ¿Que vais á hacer? pueden sorprenderos; mirad, mirad, ¿no veis que ya van á la iglesia al Bautizo?

Ormill. ¡Al Bautizo! *(conmovido.)*

lorb. Escondeos debajo de ese emparrado. *(lo hacen.)* Eso es: entraos un poco mas adentro. Cuidado no os vean.

Ormilli y Arancé han entrado debajo del emparrrdo y se baten. Florbel trata de cubrirlos y mirando si los ven, y antes habrán salido por el fondo aldeanos y aldeanas, criados, el General, el Conde, Julieta y acompañamiento con un niño de mantillas que figuren llevarlo á bautizar. Música militar y repique de campanas sin interrumpir lo que se hable en la escena, todo durante interin combaten, que se habrá ocultado todo á la salida del General.

Aranc. ¡Ay! (*cae.*)
Florb. Arancé. (*corriendo á él.*)
Ormill. ¡Desgraciado!

ESCENA DUODECIMA.

Dichos y German.

Germ. Señor, señor, vengo á buscar á usted.
Ormill. Déjame. (*fuera de sí.*)
Germ. ¡Ay Dios mio! ya es tarde.
Florb. Corriendo, corriendo, ayúdame, German.
Florb. se quita el pañuelo del cuello y saca uno del bolsillo para vendar á Arancé.
Ormill. ¡Que es lo que ha hecho! (*tomándole la mano.*)
Aranc. Ormilli, aléjate, silencio sobre todo, que no pueda sospechar mi hermana que eres tú.
Ormill. Me horrorizo de mí mismo. (*agitado.*)

Aranc. ¡ Gran Dios!... ¿y mi comision? La salvacion del egército... Soy perdido.

Florb. Por vida de... el caso es que no puedo desempeñarla. El General me ha mandado quedar.

Aranc. Déjame, déjame. (*hinchando.*)

Ormill Arancé, hermano mio.

Aranc. Déjame te digo: es preciso morir aqui donde me he deshonrado.

Queriendo arrancar el vendage que le han puesto, German y Florbel lo estorban.

Florb. Huye, Ormilli, huye: no tienes mas que un mõmento.

Ormill. Florbel, German, no le abandoneis.

Florbel y German procuran sosegarle. El Marques Ormilli espantado huye.



ACTO TERCERO.

Salon con puerta en medio: en el fondo jardin: mesa, escribanía, sillas.

ESCENA PRIMERA.

El Conde y Labri.

Conde. Ven, ven aqui: cuidado con repetir delante de mi hija lo que has visto.

Labri. No tema usía, señor: no he querido confiarlo á ningun otro.

Conde. ¿Estás seguro de que han reñido?

Labri. Si señor, al mismo tiempo que ibais á la iglesia.

Conde. ¿Estaban solos?

Labri. Creo que sí: se metieron en el bosquecillo que está junto al pabellon. El señor Arancé sacó la espada el primero; yo estaba al otro lado de las verjas.

Conde ¿Y que mas?

Labri. Era tal mi sobresalto que no pude ver las resultas del combate; corrí al instante á daros parte; pero cuando volví al parque, ya no encentré á ninguno.

Conde. ¿No hallaste ni al Marques, ni á Arancé?

Labri. No señor : los he buscado : he preguntado : nadie sabe que se han hecho : hasta el viejo German, por quien ha preguntado la señora Marquesa muchas veces, ha desaparecido.

Conde. Basta, déjame : ¿ estan los demas en el castillo ? (*con tranquilidad.*)

Labri. Si señor.

Conde. Confio en tu prudencia ; y sobre todo cuenta que esta noticia horrible que acabas de darme llegue á oidos del General.

Labri. Pierda usía cuidado. (*vase.*)

ESCENA SEGUNDA.

El Conde solo.

Conde. ¿Han reñido ? ¡Gran Dios! Cuando yo esperaba que las órdenes del General, la comision que habia encargado á mi hijo contendrian su furor : ¡ han reñido ! ¡ horrible incertidumbre ! su ausencia, la de German, acreditan mi sobresalto : ni me atrevo á desear... ambos son igualmente amados de mi corazon. No veo por todas partes sino motivos de llanto, pesadumbres eternas ; tratemos sin embargo de esta duda terrrible : es preciso saber cual es mi suerte: yo mismo... voy...

ESCENA TERCERA.

Dicho y Julieta.

Juliet. ¿ Y que hay, señor Conde ? me he escapado un instante. ¿ Ha visto usted á mi her-

mano? ¿tiene usted alguna noticia?

Conde. Ninguna, querida Julieta.

Juliet. ¡Ay señor! mi hermano nos quitará la vida con esta pesadumbre. ¡No asistir al Bautizo, y pensar en reñir cuando tiene á su lado á todos los que ama!

Conde. ¿Y mi hija? ¿Vienes de su cuarto?

Juliet. Ha vuelto del desmayo; pero sigue entregada enteramente á su dolor. Está sentada junto á la cuna de su hijo, le toma en sus brazos, le cubre de besos y de lágrimas.

Conde. ¡Desgraciada Ernestina! ¡quizá no tienes ya esposo, ó ese esposo es (*aparte.*) el matador de tu hermano! ¡Esta idea me llena de horror!

Juliet. Vuestras miradas, vuestros suspiros... Señor Conde, usted me hace estremecer: parece que usted quiere ocultar alguna cosa: ¿hay alguna desgracia? hable usted por Dios, hable usted.

Conde. No, Julieta, sosiégate. (*turbado.*) La única inquietud que me devora...

Juliet. Yo no he perdido del todo la esperanza.

Conde. ¿Como? ¿sabes?...

Juliet He tomado mis precauciones: ya oyó usted como prediqué á Arancé que le parecia muy justo que fuese Ormilli á degollarse con su enemigo. Estoy segura que no dejará á mi hermano: que olvidará los motivos de descontento que pudiera tener con él, y que espondrá su vida por conservarnos la del Marques.

Cond. ¿Y pones tú en Arancé toda tu confianza?

Juliet. Si señor, que defenderá á mi hermano. Es incapaz de desobedecerme, de faltar á la obligacion sagrada que le imponen los lazos de la sangre y la voluntad de la que ama. Sí, señor Conde, y si Ormilli se hallase en peligro, estoy persuadida que Arancé no vacilará en sacrificarlo todo por salvarle...

Conde. ¡ Pobre criatura! no me atrevo (*ap*.) á desengañarla.

ESCENA CUARTA.

Dichos y Ernestina.

Ernest. ¡ Ay padre mio! ¡ padre mio! (*sale precipitada*.) no sabe usted todavía todo el esceso de nuestros males? mi hermano... con él es con quien Ormilli...

Juliet. ¿ Arancé? (*sobresaltada*.)

Conde. Ya lo sabia yo, hija mia: queria evitarte este horrible dolor. Juzga lo que habré padecido.

Juliet. ¡ Arancé! ¿ Que oigo? ¿ será él? No, hermana, no es posible.

Juliet. Es demasiado cierto. Muchos oficiales que fueron testigos de su querella acaban de decírmelo. ¿ Y usted, padre mio, no ha hecho nada para contenerlos?

Conde. He empleado con ellos el lenguage de la naturaleza, y me han hablado del honor. Les hice oir la voz de un padre, y no han escuchado sino la de una preocupacion bárbara.

Ernest. ¡ Ay Ormilli !

Conde. Querida Ernestina, á tu hermano únicamente debemos imputar todas nuestras desgracias.

Juliet. Sí, sin duda él es: ahora conozco que mi hermano tenia razon : no me ama, ni me ha amado nunca.

Ernest. ¡ Pero, justo Dios! ¿cual puede ser la causa de esta horrorosa querella ?

Conde. No lo sé, ni he podido saberlo de su boca.

Juliet. Esperad; creo acordarme... si... ¡ ay Dios mio !... Que desventurada que soy. Ayer tarde pidió Arancé mi mano al Marques, que no quiere consentir en esta union... Ya no hay duda... Arancé llevado de su cólera, se habrá atrevido á provocarle... y yo soy la causa de vuestras lágrimas... Perdóname, hermana mia... Perdonad, señor Conde... á vuestros pies...

Ernest. Julieta, levanta... ven, mezclaremos nuestras lágrimas.

Juliet. Pero no habrán reñido : es preciso correr... enviar todos los criados...

Las dos ¡ Dios mio !

Conde. No puedo sostenerme... Desgraciada... (*se sienta.*)

Juliet. Estoy furiosa con Arancé : si la suerte le ha hecho vencedor, no espere gozar de su triunfo : no quiero verle mas, le detesto, es un monstruo, y si se atreviese jamas á presentarse delante de mi...

ESCENA QUINTA.

Dichos y Labri.

Labri. El Capitan Florbel...
Conde. ¡Florbel! que entre. (*vase Labri.*)

ESCENA SEXTA.

Dichos y Florbel.

Florb. Vaya, buena noticia, está concluido.
Juliet. Hable usted.
Florb. Concluido perfectamente.
Conde. ¿Los han separado?
Florb. Al contrario, se han batido; pero con un denuedo...
Ernest. ¿Que es de mi esposo?
Florb. Ormilli ha herido á Arancé.
Conde. ¿Mi hijo está herido? (*con serenidad aparente.*)
Florb. Sí, una estocada en el pecho: perdió el conocimiento.
Conde. Acabe usted. (*vivo.*)
Florb. La herida no es peligrosa: va mejor: le llevamos al cuarto de German, y el cirujano de Echelestad ha venido á curarle.
Ernest. ¿Y mi esposo?
Florb. Valiente como la espada; pero yo creí que tuviera mas serenidad. Ha peleado sin juicio. Arancé se arrojaba á él como un frené-

tico, y se metió por la espada lo mismo que un chiquillo.

Juliet. Diga usted por Dios, en donde está mi hermano.

Florb. ¿Su hermano de usted? como soy que no sé nada. Vió caer á Arancé, perdió la cabeza, pronunció algunas palabras... *Desventurado, que es lo que he hecho, está perdido, deshonrado!* y echó á correr como un loco por el parque. Yo le hallé muy embarazado: Arancé estaba en mis brazos, y yo no queria hacer ruido, porque sé que las señoras mugeres no estan acostumbradas á este género de negocios: por fortuna me ayudó German, y bien ó mal trasportamos el herido.

Conde. ¡Ya no puedo mas! (*dolorosamente.*)

Florb. Pero cuando nos dirijimos á la puerta chica del parque, salia todo el Bautizo de la iglesia. Juzgen ustedes en qué apuro nos hallariamos, para que no se malograse la funcion; pues no hubiera querido por todo el mundo causaros la menor incomodidad.

Ernest. Pero mi hermano...

Florb. Su hermano de usted no corre peligro. Se ha curado, ha descansado, y ahora le traeremos aqui, porque en el cuarto de German es muy facil que alguno le vea.

Ernest. Y Ormilli, Ormilli que no parece despues de tantas horas... ¡Dios mio!

Conde. Sosiégate, hija mia.

Florb. Es un hombre tan singular, que nunca se sabe lo que hace. Unas veces frio como un Caton; otras valiente como Cesar... Habrá

creido que ha muerto á Arancé, y quien es capaz de adivinar ádonde le habrá llevado su cabeza.

Ernest. ¡Florbel, usted me hace temblar!

Florb. No temais nada, señora: de veras, á fe de hombre de honor que Ormilli ha salido sin lesion.

Conde. Silencio, me parece que alguno llega.

Juliet. ¡Cielos! ¡es Aarancé!... (*va á ver quien entra.*)

ESCENA SEPTIMA.

Arancé sostenido por dos criados: el semblante pálido, sin pañuelo en el cuello, desabotonada la camisa, y con un vendage puesto en el pecho. Trémulo y voz debil, guardando proporcion en las escenas que siguen.

Juliet. ¡Dios mio! ¡en que estado le vuelvo á ver!

Aranc. ¡Padre! ¡Hermana!

Conde. ¡Desgraciada criatura! (*acercándose á él.*)

Ernest. ¡Hermano!

Aranc. ¡Ay Julieta! hermana... todavía puedo presentarme delante de vosotros, porque no vengo manchado con la sangre de Ormilli. La única gracia que debo al cielo es haberme evitado este nuevo crimen.

Ernest. ¡Ay Ormilli!

Aranc. Yo he sido, yo he sido, el que le he provocado, ultrajado; el que le ha obligado á lograr

una satisfaccion de la ofensa que le hice. Yo atentaba ciego á su vida, al mismo tiempo que él procuraba conservar la mia... Ojalá su espada me hubiera dado la muerte, y no sobreviviera yo á mi deshonra.

Ernest. Hermano, calma tu pesadumbre. Ven, vamos al cuarto de padre. Ahora necesitas tranquilidad y sosiego. Vamos.

Aranc. No, despues... déjame ahora. *(se sienta.)*

Juliet. Si usted supiera, señor Arancé, cuanto le estimamos, cuanto nos aflige su situacion... Válgame Dios! Si usted hubiera previsto la pesadumbre que nos causa...

Aranc. ¡Amable Julieta! ¡y usted padre! ¡Ah! ahora empieza mi castigo. Usted, señor Conde, que durante treinta años ha sido el honor y el egemplo del egército, ya no es usted para mí sino un juez inflexible.

Conde. ¡Hijo mio! (*conmovido.*)

Juliet. Señor Arancé... ¡Dios mio, favorecedle!

Florb. Silencio, señorita, que alguno viene.

Conde. Cielos, el señor Chevert. *(con prontitud.)*

Aranc. ¡El General! No podré soportar (*levantándose.*) sus miradas: huyamos (*le detienen.*)

Florb. Aguarda: no es tiempo, que ya te ha visto.

ESCENA OCTAVA.

Dichos y el General Chevert.

Gen. A usted buscaba, Arancé.

Aranc. Donde me ocultaré. (*aparte.*)

Gen. Un éxito feliz corona ya nuestro proyecto. La primera coluna del egército ocupa lo otra orilla del Rin. Ya sé que usted se ha coronado de gloria, ha desempeñado su comision como yo debia esperar de su celo y de su valor. *(todos manifiestan sorpresa.)*

Aranc. ¡Que escucho, Dios mio!

Conde. Que será esto. *(aparte.)*

Gen. Señor Conde, la accion de este dia coloca á vuestro hijo en la clase de los mas intrépidos y mejores oficiales del egército. El rey no dejará sin recompensa una accion tan gloriosa.

Conde. ¿Qué lenguage es este?

Aranc. ¡Cielos!

Gen. ¿Pero está usted herido peligrosamente? ¿por que no me avisó usted en el momento que volvió? Señor Conde, es necesario que llamen al instante á mis cirujanos.

Conde. Mi General, no sabeis...

Gen. Espero que la herida...

Florb. No es peligrosa, mi General... Estamos seguros.

Gen. Amigo, ya le dije á usted que la comision era delicada. Usted ha estado espuesto precisamente á grandes peligros.

Aranc. Mi General, V. E. me aflige.

Gen. Pero ya estoy tranquilo: le veo á usted en medio de su familia, y entregado á los cuidados de la mas tierna amistad: los consuelos de estas señoras apresurarán la convalecencia. Por lo que á mí toca, me encargo de hacer presente al ministro el derecho que usted

ha adquirido á las gracias del soberano. Bastará contar vuestra conducta en este dia parra obtener la justa recompensa debida á vuestros servicios.

Aranc. Cesad por Dios: debo confesar...

Ernest. Hermano. *(interrumpiéndole.)*

Florb. Vamos, amigo, la señora tiene razon: un herido debe guardar silencio.

Aranc. ¿Callar cuando me agobian con *(aparte de ellos.)* elogios que no he merecido?

Gen. Señora, al cuidado de usted queda *(á Ernestina.)* vuestro querido Arancé: esta misma noche vamos al enemigo: no insto á usted para que me envie á su hermano: ha adquirido hoy bastante gloria para poder entregarse sin rubor al descanso que reclama su estado.

ESCENA NONA.

Dichos y un Oficial.

Ofic. Mi General, el Preboste del egército instruido de que el marques de Ormilli ha peleado en desafío, acaba de mandarle arrestar en el momento que volvió á entrar en el campo.

Todos. Ormilli.

Gen. ¡Es posible!... ¿Ormilli pelear en desafío? *(admirado.)*

Ernest. ¡Yo tiemblo! ¡Ah General! Tened compasion de mi despecho.

Gen. ¿Que, señor, será verdad?

Ofic. El Prevoste me ha mandado conducirle ante V. E. para que en seguida sea trasladado al consejo de guerra.

Conde. ¡Dios mio!

Aranc. No es culpable. (*Ernestina lo detiene.*)

ESCENA DECIMA.

Dichos y Ormilli. (*todos se llenan de terror.*)

Ofic. Aqui llega.

Ernest. ¡Esposo!

Juliet. ¡Hermano!

Gen. Señor Marques, mi asombro es igual al dolor de vuestra familia.

Ormill. Disculpadme, porque soy el mas desgraciado de los hombres, y si el General me condena, que mi antiguo amigo me conceda alguna compasion.

Gen. Que, Ormilli... Usted de cuya ilustracion y prudencia estaba yo tan persuadido... ¿pero cual ha sido la causa?

Ormill. Una injuria grave en presencia de los oficiales de vuestro Estado Mayor.

Gen. ¿Quien es el adversario?

Ormill. No puedo nombrarle.

Gen. ¿Y no ha tenido usted el justo castigo que pronuncian las leyes militares?

Ormill. He resistido á las lágrimas de mi familia, he olvidado que era esposo y padre: juzgad, mi General, si podia tener el castigo que me anunciais.

Gen. ¿Usted, á quien esta mañana citaba yo

por modelo de los oficiales del egército?

Ormill. Os lo repito, mi General, soy mas desgraciado que culpable: no añadais vuestras reprensiones á las que me ha hecho ya mi corazon. La preocupacion únicamente...

Gen. ¡La preocupacion! Yo toleraria tál vez semejante disculpa al señor Florbel; ¿pero á usted? es preciso que una circunstancia muy estraña...

Ormill. No puedo declarar nada: las leyes decidirán mi suerte.

Ernest. Ah, General, cuando sepais...

Ormill. ¡Ernestina! (*imponiéndola silencio.*)

Gen. ¡Que situacion! verme obligado á proceder contra usted al mismo tiempo que debo reclamar las recompensas mas honorosas para su hermano: vea usted Ormilli, y deteste ese funesto error. Arancé está herido; pero de mano del enemigo, sirviendo á la patria, desempeñando la comision mas peligrosa. Esas son cicatrices que pueden manifestarse siempre con orgullo.

Ormill. Los servicios que acaba de hacer, la estimacion con que le honrais, me consuelan en los males que me afligen. (*redoble de cajas á lo lejos.*)

Conde. ¡Que ruido de cajas...

Gen. Señores, nuestros valientes van á marchar, á pasar el Rin: gócese usted de su obra, Arancé, este momento es vuestra primera recompensa. Usted señor Marques...

Aranc. Esperad, esperad mi General. (*con viveza.*) Ya no puedo sufrir por mas tiempo

el error en que estais. Yo solo soy el culpable: yo soy quien merezco vuestro enojo, vuestra indignacion.

Gen. Uusted. (*admirado.*)

Ormill Arancé. (*imponiéndole silencio, vivo.*)

Ernest. Hermano.

Aranc. Soy un malvado: he faltado al honor, á las obligaciones mas sagradas: no he desempeñado la comision que V. E. me habia encargado.

Gen. ¿Que dice usted?

Aranc No, mi General, y yo no veo mas que uno solo... si... su ausencia... su alma noble .. él es... tú has sido, hermano mio...

Ormill. ¡Yo!... (*cortado.*)

Florb. Es muy capaz de ello.

Gen Pero esplíquense ustedes. (*á los dos.*)

Aranc. Yo insulté á Ormilli, le provoqué (*con viveza.*) al combate. Herido en este desafío abominable, no pude desempeñar la comision que V. E. me habia encargado; pero Ormilli estaba presente cuando V. E. me dió sus instrucciones. Florbel no se ha separado de mí. El Marques solo puede haberla egecutado, y haber espuesto su vida por salvarme el honor, y asegurar la salvacion del egército.

Conde. Ormilli, tú has tenido la generosidad...

Ormill. No he hecho mas que mi deber.

Todos El ha sido. (*pausa.*)

Gen. Amigo mio, perdonad mis reconvenciones y mis sospechas. (*dándole la mano.*)

Florb. Es un rasgo digno de los mejores tiempos de la caballería.

Juliet. Los soldados del dia valen mas que los de otro tiempo.

Arancé por medio de todos va á Ormilli, y se arroja á sus pies.

Aranc. He merecido tu enojo, Ormilli: tú me has salvado el honor que estimo mas que la vida: yo debo, yo quiero espiar á tus pies la ofensa que te he hecho. ¿Estas contento?

Ormill. ¡Ay Arancé! ven á mis brazos, ven. (*le abraza.*)

Aranc. Sí, hermano mio, estréchame en tu corazon. Soy ya otro Ormilli; mil veces espondré la vida por conservar la tuya. Detesto para siempre la preocupacion bárbara que me ha hecho criminal.

Florb. Bien, amigos mios, bien me admirais y estoy enteramente corregido, sí; conozco ahora claramente que solo los hombres sin juicio ni talento, remiten á la suerte de un combate la satisfaccion de una ofensa que hayan recibido.

Gen. Ormilli, yo daré parte al Mariscal del importante servicio que ha hecho usted al egército, y resolverá tambien acerca de la falta que la imprudencia y el amor de Arancé le han hecho cometer. Usted queda arrestado (*á Arancé.*) sin comunicacion, bajo la responsabilidad del señor Conde; y si acaso

por los méritos de tan respetable militar, fuese benigna la decision del Mariscal, tenga usted presente que solo en el campo de batalla podrá usted de hoy en adelante espiar sus errores, y que para volver á ganar mi estimacion, debe cubrir su herida con cicatrices mas honrosas.

Conde. ¡Ah General! Usted me vuelve mis hijos.

Gen. Mala cabeza y buen corazon, así son los militares. Amigos mios, (*tiro.*) demos nuestra sangre por la patria; pero no la derramemos por una preocupacion, por un falso punto de honor: el denuedo no es incompatible con la razon, ni la humanidad. (*tiro.*) Desconfiemos sobre todo de una idea que es tan peligrosa porque engaña hasta la virtud misma. (*tiro.*)

ESCENA ULTIMA.

Salen todos los oficiales del Estado Mayor. Música militar.

Se oyen cañonazos: redoble de cajas y clarines.

Gen. Señores, se ha verificado el movimiento que yo habia ordenado. El egército pasa el Rin: marchemos al enemigo. Señoras, os recomiendo (*á ellas.*) al herido á vuestro cuidado: vamos á montar á caballo. (*á Ormilli y oficiales.*) Señores, la voz de la patria

nos llama al campo del honor, acordémonos que somos militares.

Música militar: Ormilli abraza á su esposa y hermana: el General y oficiales saludan mutuamente y salen de la escena por la derecha. El Conde Arancé y las mugeres se encaminan á la izquierda. todo con decoro y prontitud. El telon caerá antes de verificarse la salida de los unos y la ida de los otros, de modo que formen un grupo vistoso.

FIN.